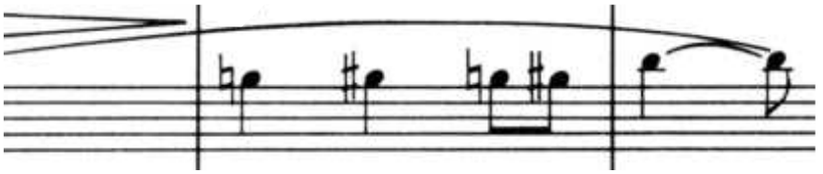
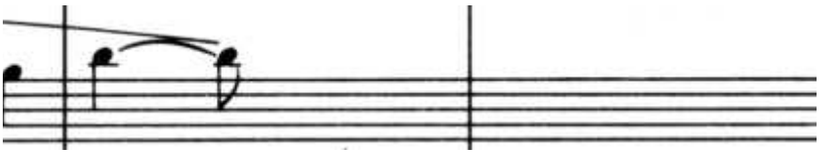
EP Cultura 11 final - ii 7/21/06 11:14 AM Page 29



antigua es apenas de 1987, y procede de *Cristóbal Nonato*, de Carlos Fuentes. En todos estos textos *chilango* tiene, en mayor o menor medida, un evidente valor despectivo. Resulta particularmente revelador un texto procedente de un diario de Yucatán en el que se discute precisamente el sentido que el autor quiso dar a esta voz. El título del artículo es "Chilangos y chilanguismo". Copio sólo un breve fragmento:

> Tal altanería, combinada con la idea de que "fuera de México todo es Cuautitlán", constituye la infraestructura psicológica del chilanguismo. Agréguese el centralismo irreductible del gobierno y la abyección de los millones que ignoran que "mandatario" significa "mandadero" y no "mandamás", y tendremos la explicación de esa imaginaria superioridad que convierte a algunos capitalinos en chilangos al momento en que salen a la provincia. Huelga decir que mientras más civilizado sea un capitalino, más ajeno es a esa barbarie. Diría el gran Ortega que no es más que una manifestación local de la rebelión de las masas, cuyos entes llegan "al interior del país" a enjuiciarnos sin más criterio que su ignorancia, ni más autoridad que la de venir de la capital. Del odio suscitado por el centralismo en general y por el chilango en particular salió la igualmente odiosa consigna de "Haz patria: mata un chilango".

Queda claro que *chilango* no es exactamente una voz coloquial, sino francamente despectiva, por decir lo menos. Con alguna frecuencia se emplea para denigrar o injuriar. Si nos atenemos a la explicación transcrita (del diario yucateco), resulta que *chilango* no sólo no es gentilicio sino que tampoco designa a los naturales de la Ciudad de México, ni siquiera coloquialmente. Designa sólo a algunos capitalinos que parecen hacerse merecedores de calificativos tales como centralistas, abyectos, bárbaros, ignorantes, odiosos… No todos los capitalinos son chilangos. Los chilangos son una clase particular de capitalinos. No dudo de que hoy también, así sea esporádicamente, se emplee el adjetivo *chilango* sin estas claras connotaciones injuriosas y que, al paso del tiempo, pueda llegar a ser un simple sinónimo de *capitalino*. Mientras ello sucede, convendría corregir, cuidadosamente, la definición del vocablo en los diccionarios. ~



El futuro de Cuba

Alonso Ruiz Belmont

Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Anagrama, Barcelona, 2006.

Desde hace ya muchos años, la ausencia de un régimen político democrático en Cuba ha sido un tema obligado de debate para la opinión pública internacional. En todas las latitudes del espectro político, desde la izquierda hasta la derecha, el régimen de Fidel Castro cuenta hoy con numerosos detractores y cada vez menos partidarios. Sin embargo, entre los cubanos que residen tanto adentro como afuera de la isla las pasiones se desbordan con enorme frecuencia y polarizan el debate ideológico; por ello, descifrar las nuevas claves de la identidad política cubana es, hoy día, una tarea en extremo complicada.

Nacido en Santa Clara en 1965 y exiliado en México, Rafael Rojas es un prestigiado historiador y ensayista cubano. En *El futuro de Cuba*, Rojas hace un mesurado y complejo recuento de la vida cultural y política de su país después de la revolución armada que llevó a Fidel Castro al poder. El texto de Rojas adquiere un enorme valor puesto que constituye un ejercicio intelectual serio y objetivo realizado desde la posición de un disidente que se aleja del rencor y los prejuicios intelectuales.

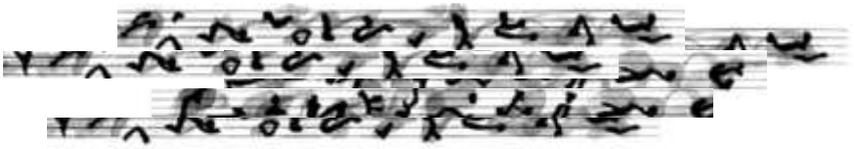
Rojas explica que, como en cualquier nación que ha enfrentado una guerra civil, en Cuba persiste una guerra de la memoria en la que dos bandos se disputan el legado nacional y la herencia simbólica del país. En tal virtud, la sociedad cubana no cuenta en este momento con el mínimo de civismo que requiere cualquier proceso de recons-

GalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg

trucción nacional. Entre 1959 (año en que triunfa la revolución encabezada por Castro) y 1965, el campo intelectual cubano quedaría dividido en tres grandes frentes: la adhesión acrítica al régimen, el respaldo crítico a la revolución y el exilio. Así, es posible hallar escritores y poetas que murieron del lado revolucionario (Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, José Antonio Portuondo), algunos más que permanecieron en la isla pero no simpatizaban con el régimen (Reinaldo Arenas, Juan Abreu, Fernando Villalverde, Carlos Victoria) y otros que, luego de expresar su apoyo a la Revolución e involucrarse en la vida intelectual del país, se convirtieron en disidentes y marcharon fuera de Cuba (Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Heberto Padilla, Norberto Fuentes, Víctor Bautista). A las categorías anteriores se suman la generación de los cubanoamericanos (Enrico Mario Santi, Óscar Hijuelos, Roberto González Echevarría, José Kozer) y la diáspora cubana de los noventa (Rolando Sánchez Mejías, Zoé Valdés, Eliseo Alberto, Manuel Moreno Fraignals) que destaca por su carácter objetivo y su espíritu dialogante. En 1971 la persecución y posterior encarcelamiento del poeta disidente Heberto Padilla motivó una ruptura entre la Revolución y algunos de los más importantes representantes de la intelectualidad occidental (Jorge Luis Borges, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Gabriel Zaid, Italo Calvino, Mario Vargas Llosa, Marguerite Duras, Susan Sontag). Rojas demuestra que a lo largo de la historia de Cuba (1868, 1895, 1933, 1959), existieron varios proyectos nacionales con diferentes ideólogos y metas, y no sólo uno, como sostiene la historia oficial. Sin embargo, en 1961 el régimen castrista montó una exitosa campaña política con la cual afianzó su legitimidad social, se declaró heredero histórico de todos los proyectos anteriores y, al mismo tiempo, rompió con el legado martiano republicano-liberal. La ruptura del gobierno socialista enterró la democracia representativa, el sistema de partidos, la existencia de una opinión pública crítica y el Estado de derecho. La fusión entre nacionalismo y comunismo instrumentada por el régimen después de 1961 posibilitó que, en adelante, los proyectos culturales republicanos o reformistas fuesen considerados únicamente como enemigos de la Revolución. Se definió entonces una nueva dicotomía oficialista: la Revolución y la Contrarrevolución, lo cubano y lo anticubano, el bien y el mal.

Rojas menciona que entre 1940 y 1960 coexistieron en Cuba tres corrientes literarias: la católica, la comunista y la republicana. Después de la caída de Batista en 1959, tres generaciones de intelectuales apoyaron voluntariamente al gobierno revolucionario: la generación de los años treinta (con sus alas comunista y reformista), la generación de los cuarenta (agrupada en la revista *Orígenes*), y la generación del cincuenta (representada en las revistas *Ciclón* y *Nuestro tiempo*). Después de 1959, los intelectuales nacionalistas republicanos (Jorge Mañach, Félix Lizaso, Francisco Ichaso) se enfrentaron a los jóvenes nacionalistas revolucionarios (Carlos Franqui, Heberto Padilla, Guillermo Cabrera Infante) en busca de un nuevo proyecto de nación; la identidad nacional se articuló entonces en tres corrientes: la liberal, la comunista y la católica. Posteriormente, la vida cultural cubana continuó su evolución hasta que se definieron otras tres nuevas vertientes sociales y políticas: la de los defensores de una identidad nacional cosmopolita (José Rodríguez Feo, Tomás Gutiérrez Alea, Heberto Padilla, Virgilio Piñeira); la de los teóricos culturales (Blas Roca, Nicolás Guillén, Roberto Fernández Retamar, Juan Marinello, José Antonio Portuondo) y la de los creadores revolucionarios realistas (Alfredo Guerra, Armando Hart, Alfredo Guevara, Lisandro Otero). Los primeros contaron con un relativo margen de autonomía política; los segundos eran seguidores del marxismo ortodoxo soviético y se hallaban vinculados al Partido Comunista; los terceros reivindicaron una labor creadora con espíritu realista y revolucionario, pero sin grandes compromisos políticos.

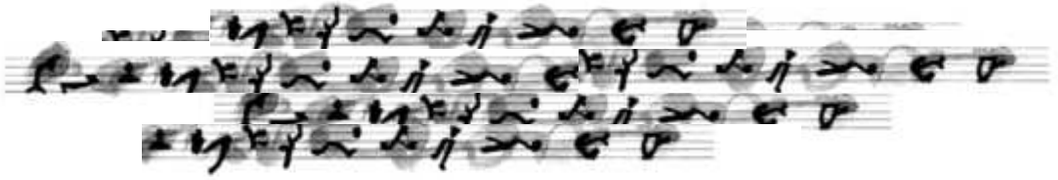
Rojas ofrece un breve recuento intelectual de algunos brillantes exponentes de la literatura cubana, tanto partidarios del régimen (Cintio Vitier y Roberto Fernández Retamar), como detractores (Guillermo Cabrera Infante, Heberto Padilla, Jesús Díaz y Raúl Rivero). Es de este modo como el autor esboza uno de sus más sólidos argumentos en contra del régimen comunista: para el gobierno de la isla sólo existen aliados incondicionales o traidores indiscutibles, toda expresión de rechazo o descontento es considerada por Castro como un peligro para la seguridad nacional. En el ámbito literario la historia demuestra que los grandes representantes de la cultura cu-



EP Cultura 11 final - ii 7/21/06 11:14 AM Page 31

bana sólo han sido un instrumento político para el Estado y no complejos y respetables creadores, al margen de cualquier aparato de legitimación. En esta parte del texto, sin embargo, Rojas no aprovecha del todo la vertiente histórica que desarrolla su libro para explicar exactamente cómo Castro fue capaz de hacerse con todo el poder político en la isla y marginar a sus principales adversarios a lo largo de varias décadas.

Más adelante, el autor da cuenta de las represalias que afrontan hoy en día los disidentes políticos en Cuba y narra uno de los últimos incidentes. Entre el 18 y el 21 de marzo de 2003, el gobierno cubano realizó una de las oleadas represivas más violentas de los últimos cuarenta y cinco años: setenta y ocho ciudadanos opositores afiliados a organizaciones políticas pacíficas fueron sometidos a juicios sumarios y acusados de poner en peligro la seguridad del Estado cubano. Tras ser declarados culpables, se les impusieron penas de entre doce y veintisiete años de cárcel. Estos disidentes se sumaron a los más de trescientos presos políticos que el gobierno ha encarcelado desde que el régimen castrista comenzó a limitar los derechos ciudadanos en 1961. Está claro que, para justificar la represión política en la isla y desarticular toda oposición, Fidel Castro utiliza el pretexto de la seguridad nacional y de la acción preventiva contra una eventual agresión militar de Estados Unidos. Rojas halla entonces uno de los grandes soportes para la legitimación social del régimen cubano: la resistencia histórica contra el imperialismo estadounidense. Con la ayuda de un absurdo e injusto bloqueo económico impuesto desde Washington, Cuba es hoy uno de los bastiones morales de la lucha mundial contra el poderío económico y político de los Estados Unidos. Sin embargo, para el autor resulta claro que, hoy día, los principales representantes de la disidencia, tanto dentro como fuera del país, defienden la lucha pacífica y no la desestabilización armada a manera de estrategia de participación frente a un gobierno cada vez más distanciado de los grupos sociales mayoritarios. La lucha por una transición pacífica al orden democrático cuenta dentro de Cuba con líderes indiscutibles como René Gómez, Vladimiro Roca, María Beatriz Roque, Félix Felipe Carcasés y con organizaciones como el Proyecto Varela de Osvaldo Payá y el Movimiento Cristiano de Liberación.

Al final de la obra, Rafael Rojas señala que actualmente se manifiestan numerosas tendencias sociales en contra de la hegemonía castrista y menciona la cada vez mayor separación entre cultura e ideología, el reconocimiento gradual a una economía de mercado, el surgimiento de nuevas élites políticas y el crecimiento de una vida literaria que no hace distinciones entre los cubanos de adentro y los de afuera. Las nuevas coordenadas de la identidad nacional se orientan cada vez más hacia espacios como la sexualidad, el revisionismo histórico y el individualismo. Sin embargo, el autor advierte que cualquier proceso de transición política a futuro deberá ofrecer posibilidades de diálogo intelectual y, sobre todo, dar cauce a la expresión de las diferencias y la diversidad social en un marco de tolerancia y respeto por parte de todos los cubanos. Al contrario de lo que plantean los sectores más intolerantes del exilio batistiano y los políticos conservadores en Washington, la reconciliación nacional debe llevarse a cabo con la participación activa de la comunidad internacional. La desestabilización armada y el bloqueo económico han demostrado que la violencia y la intimidación no pueden ser las rutas para construir un diálogo democrático.

Este título es ya una referencia indispensable para el debate cultural y político sobre la disidencia cubana. Cuba no puede olvidar, pero también es necesario saber qué construir sobre las ruinas de un régimen político cada vez más sectario y moribundo. En *Rusia bajo los escombros* Alexandr Solzhenitsin dio cuenta del caos y la violencia que siguieron a la desaparición de la Unión Soviética, ante la ausencia de una agenda de gobierno que preparase a la sociedad rusa para el regreso de la economía de libre mercado y para la desaparición de los antiguos centros de poder. La obra de Rojas presenta un compendio de ideas que pueden contribuir a preparar a Cuba para el momento de la transición democrática y así evitar que se repitan fenómenos de ruptura social como el que describió Solzhenitsin. ~